

Cuentos con magia

Ana María Shua

Ilustraciones de Sara Sedran



loqueneo



www.loqueleo.santillana.com

© 1999, ANA MARÍA SHUA
© 2005, 2009, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4358-6
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUEIRA
Ilustraciones: SARA SEDRAN

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Shua, Ana María

Cuentos con magia / Ana María Shua ; ilustrado por Sara Sedran. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

168 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4358-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Sedran, Sara, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Cuentos con magia

Ana María Shua

Ilustraciones de Sara Sedran

loqueleq

Los bordes de la magia

Una vez me vino a ver un amigo mago para pedirme que le escribiera su espectáculo de magia. Me resultó un poco raro, porque yo nunca había pensado que la magia se podía escribir.

—Si me mostrás lo que sabés hacer —le dije—, yo podría pensar en un espectáculo que combine esos trucos.

—No necesito mostrarte nada —me contestó—. Pensá cualquier cosa que se te ocurra y yo la puedo hacer. ¡Para eso soy mago!

Pero no resultó, porque las cosas que se me ocurrían a mí no servían para un show. Yo quería rejuvenecer a mi abuelita, convertir a la reina de Inglaterra en un mono tití, tener todo el tiempo plata en el bolsillo, vivir para siempre (yo y todos mis parientes y amigos), comer mucho chocolate sin engordar.

En cambio, la visita del mago me sirvió para pensar cómo están hechos los cuentos de magia. Lo más importante, el tema central del cuento, no es lo que la magia puede hacer, sino cuáles son sus bordes, hasta

dónde llega, qué es lo que no puede hacer y en qué momento se vuelve peligrosa.

Por ejemplo, están esos cuentos en que a alguien se le conceden tres deseos: pero solamente tres. O la varita mágica que lo puede todo: excepto evitar que alguien la robe. Hay cuentos en los que un talismán puede conseguir un efecto mágico, pero solo uno, como el mantel que al desplegarlo hace aparecer una mesa servida, el burro que come pasto pero larga por la cola monedas de oro, la flecha mágica que siempre da en el blanco, la capa para volverse invisible, las botas de siete leguas.

Lo importante es que la magia tenga un límite, para que en ese límite surja el problema. Porque, cuando no hay ningún problema, no hay nada que contar. Por algo, cuando los personajes son felices y comen perdices, quiere decir que el cuento terminó. Tendremos que esperar a que vuelvan a ser desdichados para que su historia nos interese.

Entonces, mucha magia, pero no toda la magia. Y con esa condición, los invito a divertirse con estos antiguos cuentos que no inventé yo, cuentos de distintos pueblos y lugares que encontré en mis viajes por el mundo de los libros y que vuelvo a contar a mi manera.

ANA MARÍA SHUA

Ma Liang y su pincel mágico

(Cuento chino)



En las grandes ciudades de nuestro mundo hasta los más pobres entre los pobres pueden conseguir un lápiz, una birome, una hoja de papel. Por eso es difícil imaginar una época y un lugar en que para un chico pobre llegar a tener un pincel era un sueño imposible.

Ma Liang era huérfano. Sus padres habían muerto cuando él tenía solamente ocho años y se había criado gracias a la buena voluntad de algunas mujeres de la aldea, que apartaban un poco de arroz de la comida de sus propios hijos para alimentarlo.

No era un chico como los demás y no hubo forma de convencerlo de que se quedara a vivir con una familia en alguna de las chozas del pueblo.

Desde la muerte de sus padres, Ma Liang eligió la soledad. Vivía en una cueva junto al río y sólo se acercaba a la aldea para conseguir comida. A los diez años ya se ganaba la vida juntando

leña seca a cambio de los tazones de arroz con que lo convidaban. Era muy independiente y no le gustaba sentir que le debía nada a nadie. Un pescador le enseñó a pescar en el río y desde entonces Ma Liang se acercaba al pueblo lo menos posible.

Lo que más le gustaba a Ma Liang en este mundo era dibujar y pintar. Era capaz de pasar horas observando un árbol, una piedra, el vuelo de los pájaros, para después tratar de reproducirlo con sus propios trazos. Claro que ni siquiera se atrevía a soñar con un trozo de papel de arroz. El papel, en la antigua China, era un elemento de lujo, que solo se encontraba en las casas de los nobles.

Pero si tuviera un pincel, aunque solo fuera un pincel común, ¡cuánto mejor podría pintar!

Mientras tanto se las arreglaba como podía. Durante horas y horas dibujaba a la orilla del río: se mojaba el dedo y pintaba con agua sobre las piedras. El sol hacía desaparecer sus dibujos pero a él no le importaba.

A veces, cuando iba a juntar leña seca, se sentaba en el suelo y con un palito dibujaba en el polvo. El viento y los pasos de los animales borraban sus dibujos, pero a él no le importaba.

Cuando iba a la aldea, pasaba a veces por la casa del maestro que enseñaba a los hijos de los campesinos ricos. ¡Con qué ilusión miraba los movimientos del pincel que trazaba las letras! Si él pudiera tener un pincel como ese, no necesitaría nada más en el mundo. Pero, por supuesto, era imposible. Un pincel valía mucha más leña de la que él podía juntar en un mes. Y mientras tanto necesitaba alimentarse para vivir: no siempre había pesca en el río.

Mientras tanto, con frutos, hojas, plantas, se fabricaba sus propios colores y pintaba con los dedos en las paredes de su cueva. Imitaba el vuelo de los pájaros, los saltos de los peces en el río, el cielo, las hojas de los árboles, sus pocos utensilios o su ropa, su propia cara borrosa, tal como la veía reflejada en el agua.

Ni un solo día, ni una sola hora pasaba sin que Ma Liang perfeccionara su arte. Después de varios años, llegó a ser tan extraordinario que nadie hubiera podido distinguir cualquiera de sus peces pintados de un pez verdadero. Sin embargo, nadie en el mundo más que él mismo veía sus obras.

Una noche se acostó a dormir muy cansado. Era invierno. Después de juntar leña durante todo el día, había estado tratando de

dibujar con agua sobre una piedra plana de la cueva que le servía de mesa, a la luz de una vela maloliente que había cambiado por toda una carga de leña.

De golpe se despertó. La cueva estaba iluminada como si el sol mismo hubiera entrado en ella. La luz provenía de un anciano de barba blanca que lo miraba con cariño de abuelo.

—Ma Liang —le dijo el viejecito—. Te he traído un regalo. Confío en que sabrás usarlo bien.

Y le entregó un pincel bellissimo, de cerdas suaves y perfectas como pelo de camello y un mango de oro macizo, brillante y trabajado. Ma Liang lo tomó con mucha naturalidad. Como suele pasar en los sueños, nada lo sorprendía. Por supuesto, no era la primera vez que soñaba con pinceles. Tanteó el peso del pincel: era perfecto. Se adaptaba a su mano como si fuera la continuación misma de su brazo, de su deseo. Dibujó un trazo en el aire... y se despertó.

A Ma Liang le encantaba soñar con pinceles. Lo único malo era despertarse. De mal humor se levantó para tomar un sorbo de agua del cuenco que tenía al lado del montón de paja donde dormía.

Solo entonces se dio cuenta de que todavía tenía en la mano el pincel con mango de oro.

Estaba en la mitad de la noche, pero Ma Liang tenía miedo de volver a dormirse y que el regalo desapareciera. Estuvo sentado en la oscuridad apretándolo en sus manos sin poder convenirse de que ya era suyo. Con las primeras luces del día pintó un pájaro en la pared de su cueva y el pájaro salió volando hacia la luz del sol. Se acercó al río y pintó un pez sobre el rocío del pasto. El pez empezó a dar brincos, cayó en el agua y escapó nadando.

Los primeros días fueron extraños y maravillosos. Ma Liang pintó árboles, ardillas, piedras, nidos. Cuando estuvo seguro de su arte y su magia, se atrevió a mostrarla en la aldea. Para las mujeres que habían sido buenas con él pintó comida y ropa, pintó herramientas de labranza para quienes no las tenían, pintó juguetes para los chicos, buenas cosechas para los campesinos. Estaba enloquecido de alegría y emoción, y los aldeanos no podían creer en su buena suerte.

Pero cuando tuvieron comida y ropa, los campesinos quisieron más. ¿Por qué seguir siendo pobres si lo tenían a Ma Liang? Empezaron a pedirle que pintara joyas, perlas y diamantes, que pintara lingotes de oro y mansiones de lujo. Ma Liang estaba desconcertado, asustado, no sabía

qué hacer. Se decidió el día en que uno de los hombres de la aldea se acercó para pedirle que le pintara una hermosa jovencita de cintura pequeña y ojos grandes.

Esa noche Ma Liang pintó el más veloz de los caballos y se escapó de la aldea sin llevarse nada más que su pincel mágico. ¿Acaso necesitaba otra cosa?

Practicando en secreto había descubierto que, cuando el dibujo quedaba sin terminar, no se volvía realidad. Bastaba con que faltara un pequeño detalle: si pintaba un pájaro, no completaba todas las plumas; si pintaba a una persona, no terminaba todos los dedos de las manos.

Ma Liang se instaló a vivir en otra aldea muy lejana, cerca de la capital del imperio y se dedicó a trabajar de lo que más le gustaba. Instalado en la calle con su mesa de trabajo, el pincel y los colores, pintaba y dibujaba todo el día. Vendía sus cuadros, muy bellos aunque estuvieran sin terminar, y así vivía. Había decidido que la mejor manera de usar su pincel era olvidarse de su magia.

Un día como cualquiera estaba pintando una hermosa garza blanca a la que le faltaba un ojo. Varios chicos de la aldea lo rodeaban, como siempre, porque los maravillaba ver cómo iban